

Lo que se juega en Ucrania: **civilización** o **barbarie**

Rafael Simancas
Secretario de Estado
de Relaciones con las Cortes
y Asuntos Constitucionales

Las noticias que llegan a diario desde Ucrania están desatando fuertes emociones en la sociedad española. Tales emociones están evolucionando de la incredulidad y el asombro a la indignación y, cada vez en mayor medida, al miedo.

Las imágenes terribles de la guerra nos retrotraen a tiempos de barbarie que creíamos superados definitivamente.

La violencia extrema y arbitraria que aplica el ejército de Putin sobre la población ucraniana nos parece a veces más propia de una producción de Hollywood, siempre dado a la espectacularidad, que a una situación real, sufrida realmente y a diario por semejantes nuestros.

No es la primera vez que esta generación es consciente de la existencia de conflictos armados en el mundo. De hecho, es justo recordar que hay otras guerras que siguen provocando sufrimiento y muerte en Siria, en Yemen, en Sudán... Pero buena parte de los europeos se identifica más con las víctimas ucranianas, y hay que entenderlo así porque aquel país forma también parte de Europa y su sociedad es más semejante a la nuestra.

Si todas las guerras comparten una base de irracionalidad, quizás esta de Ucrania responde de manera más evidente que otras a la irracionalidad que nace de la voluntad tiránica de un déspota. Las tragedias que está ocasionando la agresión de Putin solo se explican desde el diagnóstico de una mentalidad enferma de ambición y crueldad inhumana.

La guerra de Putin ha desatado muchas emociones, habrá un antes y un después de este ejercicio despiadado de tiranía.

Putin no amenaza solo la soberanía y la libertad de los ucranianos y las ucranianas. Con esta guerra, Putin amenaza la civilización misma.

Mucho en juego

El primer factor de civilización que se juega en esta guerra es el de los valores. Se está determinando qué es lo que se considera legítimo e ilegítimo, tolerable e intolerable en las sociedades civilizadas, en las relaciones internacionales, en la organización del espacio público compartido, en las relaciones sociales...

Putin está matando hombres, mujeres y niños en su propósito de conquista y poder autocrático. Bombardea hospitales, teatros y viviendas, asesinando a miles de civiles, en la estrategia de aterrorizar a las poblaciones de los territorios que aspira a ocupar por la fuerza.

¿Es esto tolerable? ¿Cabe este comportamiento en la moralidad exigible a los seres humanos en este momento histórico?

No lo es. Por eso es muy importante la denuncia general al comportamiento de Putin y sus esbirros. Tienen que recibir y sufrir el rechazo, el aislamiento y el oprobio de todo el mundo.

Es más, esta guerra solo puede acabar con Putin y sus cómplices detenidos y juzgados ante una Corte Penal Internacional por sus crímenes. Cualquier otra salida supondría la legitimación de una conducta terrible, criminal e inhumana, además de un precedente absolutamente intolerable.

Pero más allá de la moralidad, hay mucho en juego también en términos de geopolítica, en cuanto a los propósitos, los contenidos, los métodos y las formas en que han de desarrollarse las relaciones entre las naciones. ¿Cómo queremos que sea el nuevo orden mundial de este siglo?

Como decíamos, siguen dándose conflictos terribles en el mundo. Muchos son casi endémicos, sin solución aparente. Los hay de carácter territorial, étnico, religioso...

No obstante, el criterio general hasta la guerra de Putin coincidía en que se abre paso un orden mundial en el que predomina el respeto al derecho internacional sobre el ejercicio de la fuerza bruta o la aplicación de la ley del más fuerte.

Suele prevalecer la disposición a dialogar y acordar sobre la acción unilateral. El multilateralismo tiene mejor prensa que el mero ejercicio de la hegemonía factual.

Parecía como si estuviera descartado ya, por anacrónico y brutal, el recurso a la guerra para resolver cuitas o alcanzar las metas propuestas.

Parecía que el riesgo de la hecatombe nuclear fuera un escenario propio de películas de acción, y no de la responsabilidad que ha de presumirse en quienes tienen que adoptar decisiones en nombre de la colectividad.

Parecía que el entendimiento sobre el interés mutuo se sobreponía a los últimos reductos de ansias imperialistas o racistas, al menos en la Europa castigada por las grandes guerras del siglo XX.

Hasta que Putin desató su guerra, y nos retrotrajo de golpe a lo peor de la Guerra Fría, a las dinámicas pre-democráticas de las áreas de influencia, a la dialéctica de los bloques, siempre al borde del conflicto, siempre bordeando el desastre.

Putin no puede arrastrarnos hacia atrás en la historia a golpe de bombazo. No podemos permitir que un tirano con ínfulas de zar nos robe la paz, la democracia, la libertad, los derechos humanos, contra la voluntad general. No podemos permitir que Putin nos robe la civilización.

Y si esta resistencia implica medidas drásticas para aislar al régimen tiránico ruso, habría que hacerlo. Y si tiene costes para todos nosotros, habrá que reducirlos en la medida de lo posible. Pero el



coste de no reaccionar será infinitamente mayor.

En esta dialéctica entre civilización o barbarie, China debe elegir bando. Nadie puede exigirle supeditación a la hegemonía estadounidense. No puede demandársele renuncia alguna a su autodeterminación y a su propia ambición legítima de influencia en el orden global, pero sí podemos y debemos reclamar a China que se ponga del lado de la civilización y no ofrezca soporte al tirano, conformando con él un polo de regresión en el progreso de la humanidad. Si lo hace finalmente, tendrá que pagarlo también.

Y Europa, ¿qué quiere ser de mayor?

Putin calculó mal respecto a la respuesta europea a sus desmanes. Creyó conocer bien a la Europa que él aún considera un zoco de intereses diversos y en cacofonía constante, incapaz de identificar alguna motivación distinta a la puramente económica e incapacitada para articular una respuesta común mínimamente coherente y decidida.

Las cancillerías europeas han respondido conscientes del sentimiento mayoritario de sus poblaciones, de solidaridad con el pueblo ucraniano, de repulsa al matonismo de Putin y de temor al expansionismo amenazante del autócrata ruso.

Los líderes europeos han sido conscientes de que Putin no solo amenaza ya la integridad territorial de un país fronterizo o las libertades de una sociedad hermana. Putin amenaza nuestro modo de vida, el culmen de la civilización que representa Europa.

Esta guerra solo puede acabar con Putin y sus cómplices detenidos y juzgados ante una Corte Penal Internacional por sus crímenes. Cualquier otra salida supondría la legitimación de una conducta terrible, criminal e inhumana, además de un precedente absolutamente intolerable.

Europa es paz, es imperio de la ley, es Estado de Derecho, es Estado de bienestar, es derechos humanos, es Ilustración, es razón frente a sinrazón, es libertad y es democracia. Todo esto es Europa, y todo esto amenaza Putin.

Por eso, por una vez, las decisiones en Europa están siendo coherentes y ágiles. En favor de la unidad. En favor de una política propia y común de seguridad y defensa. En favor de la independencia energética respecto al chantaje de Putin. En favor de castigar con sanciones al tirano. Y en favor de ayudar en todo lo posible al pueblo sufriente de Ucrania.

Hay algo más. Siempre se dijo que Europa era un gigante económico y un enano político en la geoestrategia mundial, y esto tiene que cambiar también. Europa debe influir más, por el interés de los propios europeos, y por el interés de los demás, que han de ver en Europa un faro y un estímulo para el avance civilizatorio.

La respuesta a las agresiones de Putin también tiene un componente económico inevitable. Una de las consecuencias inexorables de las guerras es que suelen traer depresión, paro y pobreza.

Europa en su conjunto, y el gobierno nacional en lo que corresponde a España, ya están adoptando estrategias para aminorar el daño de la guerra de Putin. Y el éxito de estas estrategias requiere cumplir varias condiciones.

La unidad es la primera condición. Aprovechar la guerra de Putin y sus consecuencias negativas para la población, a fin de generar desánimo, división y conflicto social, constituye un ejercicio de traición al interés general. Cabe exigir responsabilidad general en un momento tan crítico como este que vivimos.

La autonomía energética y el control de los precios de la energía es condición imprescindible para soportar los embates económicos y sociales de la guerra de Putin. El presidente Sánchez lleva meses reclamando una respuesta coherente de Bruselas, para desacoplar el precio de la energía del coste del gas, en manos este último del autócrata ruso. Además, se adoptan medidas domésticas con el fin de sortear los graves problemas que el encarecimiento

Las decisiones en Europa están siendo coherentes y ágiles. En favor de la unidad. En favor de una política propia y común de seguridad y defensa. En favor de la independencia energética respecto al chantaje de Putin. En favor de castigar con sanciones al tirano. Y en favor de ayudar en todo lo posible al pueblo sufriente de Ucrania.

de la electricidad y los combustibles ocasiona sobre sectores importantes de nuestra producción nacional.

Los fondos europeos juegan ahora un papel aún más relevante, si cabe. La resistencia y la recuperación de nuestra economía ha de ser justa, ha de ser resiliente y ha de ser también ambiciosa con relación a las grandes transformaciones de nuestro tiempo, sobre todo la transición ecológica y la transición digital.

Orgullo de país

Hay quienes se empeñan en contemplar tan solo las dificultades de este momento histórico, y subrayan solo los problemas, las disconformidades, las impaciencias por encontrar nuevas soluciones y nuevas certidumbres.

Son los mismos que, vez tras vez, insisten en alimentar la leyenda negra de la España retraída, retrasada, incapaz. Y son los que, al mismo tiempo, se niegan a arrimar el hombro que arrima la mayoría.

Pero están cada vez más en minoría, porque durante estos dos últimos años, la sociedad española ha demostrado fortaleza, determinación y capacidad para superar una tras otra las dificultades que se le presentaban.

Los españoles dieron una lección de responsabilidad y compromiso en el aislamiento por la pandemia. Y en el ritmo récord de vacunación. Y en la formidable respuesta de la sanidad pública. Y en la conquista de los fondos europeos de recuperación. Y en la recuperación de la normalidad tras la nevada sin precedentes de Filomena. Y en la solidaridad con el pueblo de La Palma tras la erupción volcánica. Y en la solidaridad renovada con los refugiados ucranianos.

Orgullo de país. Este es el sentimiento. Y ese orgullo nos dará esperanza para plantar cara a Putin y salir también de este nuevo reto. **TEMAS**



Fundación "la Caixa"

Más del 25 % de la población en España se encuentra en riesgo de exclusión social. En la Fundación "la Caixa" facilitamos herramientas, metodologías y recursos a miles de entidades sociales, como la Ludo Margarita Bedós, que trabajan para dar oportunidades a las personas que más lo necesitan. Personas como Munic, que ahora podrán tener un futuro mejor.

Descubre más en fundacionlacaixa.org



Solo
es progreso
si progresamos
todos